

Precisamente el 16 de Septiembre, en la mañana, comenzaba el tercero día de fiestas para celebrar en México la entrada del Virrey. La víspera había ido el Cabildo eclesiástico, en forma, y precedido del Pertiguero, á cuplimentar á S. E. en Palacio, acompañado de cuatro capellanes de Coro, á cuya salida de la Catedral y regreso, habían repicado las campanas de las torres; arengándole el Presidente del Cabildo en nombre de los canónigos, contestó el Sr. Virrey « en términos sucintos, enérgicos y muy adecuados ». ¡La píldora que traía S. E. en el cuerpo!

Ya antes habían hecho lo mismo el Real Acuerdo, el Tribunal de Cuentas, los Oficiales Reales y los regidores de la Ciudad, y así continuaron por su orden los demás Tribunales y Cuerpos, Títulos de Castilla, Oficialidad, Nobleza y las Parcialidades de indios de los barrios de San Juan y de Santiago.

Los paseos por las tardes de los días consagrados á las fiestas, fueron completos, así por la concurrencia lucidísima de gente á que dieron ocasión las siete músicas militares que en distintos puntos de la Alameda se colocaron, porque México en celebridad de su nuevo gobernante había querido « hacer ostentación de sus vistosos y ricos trenes ». La compañía que representaba en el Coliseo se había también

esmerado en las tres noches de aquellas solemnes festividades<sup>1</sup>.

Pero Su Excelencia, el Virrey D. Francisco Javier Venegas de Saavedra, Rodríguez de Arenzana, Güemes, Mora, Pacheco, Daza y Maldonado, Caballero de la Orden de Calatrava, Teniente General de los Reales Ejércitos, Virrey, Gobernador y Capitán General de la Nueva España y Presidente de su Real Audiencia, á pesar de todos sus ilustres cognómenes y de su poder como supremo mandatario en la Colonia, « ya traía la píldora de la revolución en el cuerpo », y todas aquellas adulaciones serviles de autoridades y cortesanos ávidos de medrar, las ha de haber apreciado como estériles lisonjas; toda aquella ostentación de *Te Deum*, paseos públicos y representaciones teatrales, le parecerían quizá pompas vanas; por eso contestaba *ahorrando* palabras, con voz estentórea, en términos *sucintos, enérgicos y muy adecuados*; porque se hallaba de veras triste, rodeado de aquella alegría falsa, con que intentaban ocultar los cortesanos el candente anhelo de toda la Colonia, de todos los que no estaban en los puestos públicos, medrando ó viviendo del Erario Real: el descarado anhelo de ser libres é independientes!

1. *Diario de México*, tomo XIII, pág. 311.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### LAS BELLAS ARTES

#### I

#### La Pintura.

Si las Bellas Artes no tuvieron el año de 1810 un florecimiento que marque una época en nuestra historia de la arquitectura y pintura, del grabado y de la escultura, y de la música profana y religiosa, es preciso convenir, sin embargo, que contaron con muy dignos representantes en aquel año memorable, tanto en maestros de primer orden, como en discípulos y aficionados distinguidos.

La Academia de las tres Nobles Artes de San Carlos estaba á la sazón bajo un Viceprotector, que era el Virrey de la Nueva España; de un Presidente, el Marqués de San Román; de siete Conciliarios, entre los que se contaban varios títulos de Castilla, militares y comerciantes; de un Secretario, el Capitán D. Antonio Piñeiro, Tesorero de la Real Casa de Moneda; de cuarenta Académicos de Honor, entre los que figuraban los más ilustres personajes de la Colonia en las artes, en las ciencias, en la milicia, en la iglesia, en el gobierno, y se distinguía entre ellos una ilustre dama, la Señora Marquesa de San Román, que mereció también ser titulada Directora Honoraria, en el ramo de pintura.

La parte técnica de la Academia estaba encomendada á D. Rafael Ximeno y Planes, Director general y particular de la enseñanza de la pintura; á D. Manuel Tolsa, de la escultura; á D. Antonio Velázquez, de la arquitectura; á D. Francisco Gordillo, del grabado en hueco; á D. Pedro Rodríguez, del grabado en lámina; al Br. D. José Avila y Roxano, de matemáticas. Eran tenientes de estos directores, D. Francisco Clapera, en la pintura, lo mismo que D. José María Vázquez; y Académicos de mérito, este último señor y D. José Pernani; de escultura, D. Francisco López, que había sido Académico de igual clase en la Real de Valencia, y D. Cosme Velázquez, Director de la de Cádiz.

Los Académicos de mérito en el ramo de arquitectura, aprobados para la ejecución de su arte en la Nueva España, eran en 1810, D. Esteban González, D. Luís Martín, D. Joaquín Heredia, D. José Gutiérrez, D. Manuel Tolsa, D. Luís Toca y Salcedo, D. José Avila y Roxano, D. Ignacio Castera, D. José Velasco y Buitrón y D. José del Mazo y Avilés. Los Académicos de mérito en el ramo de grabado en hueco, D. José Luís Alconedo y D. Francisco Gordillo.

La Academia, cumpliendo con lo

prevenido en sus Estatutos, sostenía en 1810 dieciséis pensionados: cuatro de ellos, indios de raza pura, que percibían cincuenta centavos diarios; y los pensionados restantes: cuatro lo eran en la escultura y cuatro en la arquitec-



SR. D. MANUEL TOLSA, ESCULTOR Y ARQUITECTO  
(De un pastel de la época).

tura; dos, en el grabado en hueco y otros dos, en el de lámina.

Todos los meses se distribuían en varios premios sesenta y seis pesos á los discípulos de la Academia que presentaban las mejores obras y dibujos, previa calificación que hacía la Junta Ordinaria<sup>1</sup>.

Del Director General de la Acade-

1. *Calendario manual y guía de forasteros en México, para el año de 1810*, por Don Mariano de Zúñiga y Ontiveros. Con Privilegio. En la Oficina del Autor. Págs. 73 á 79.

mia, y particular del ramo de la pintura, D. Rafael Ximeno y Planes, quedan en México monumentos importantes, entre otros la pintura de la cúpula de la Catedral metropolitana, estrenado precisamente el año de 1810, el día 15 de Agosto.

« Sobre un cuerpo de arquitectura en perspectiva, se representa á la Virgen bajo su advocación de la Asunción al Cielo, acompañada de todas las virtudes, personificadas del modo más conveniente y adecuado. En la parte superior, se ven figuradas las tres simbólicas personas de la augustísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, en actitud de bajar á recibir á la Santa Virgen. En medio está el Eterno Padre con una corona en la mano. A la diestra el Hijo Redentor enseñándole el trono que tenía preparado para su Santísima Madre, compuesto de querubines, de la Arca del Testamento, la media Luna y la Estrella, y á la siniestra mano se puede contemplar al Espíritu Santo empuñando un cetro, como para hacer efectiva la coronación de tan Soberana Reina. A los lados, pero en primer término, y del lado del Evangelio están los Santos Padres del Testamento Antiguo, y á la parte de la Epístola, la Familia Sagrada, por su orden, en ademán de alabar y bendecir aquel dulce é « incomprendible prodigio ». Con el mismo fin se representan al frente todas las Matronas del Antiguo Testamento, como símbolos de María, y sobre estos grupos se descubre la Corte Celestial, comandada por los tres arcángeles, San Miguel, San Gabriel y San Rafael, y cerca de la Trinidad augustísima, aparecen multitud de án-

geles tocando diversos instrumentos de música, como para manifestar su regocijo y culto al Criador del Universo<sup>1</sup>. »

« Tal es la pintura de la cúpula de la Catedral, en que representó, Ximeno, la Asunción de Nuestra Señora. No hay quizá en el arte género más difícil, y en que más pueda campea la habilidad de un maestro. Sin embargo, se desempeñó bien, y su obra es en materia de ornamentación lo mejor que se registra en aquel templo.

« Que Ximeno era un artista de mérito no tiene duda. Y cabalmente el género en que me parece descollaba es ese... la gran pintura mural<sup>2</sup>. »

No fué la única que ejecutó. La hermosa cúpula de la capilla del Señor de Santa Teresa, que por desgracia fué destruída en un célebre terremoto del siglo pasado, también fué decorada por él. « En el dombo pintó la historia que corre de la renovación de la imagen; en el ábside el alboroto que hubo en el pueblo del Cardonal cuando se dispuso trasladarla á México; el resto del templo lo adornó con elegancia. Mas todo aquello acabó en el terremoto del 7 de Abril de 1845, á los 32 años de haberse estrenado<sup>3</sup>. »

Los frescos de Ximeno fueron superiores á sus pinturas al óleo, incorrectas por el dibujo, de colorido poco agradable, sin concluir ni afinar los cuadros, buscando pinceladas fuertes, para producir el efecto, como hoy se estilaba<sup>4</sup>.

Tuvo Ximeno discípulos regular-

1. *Diario de México*, del 14 de Agosto de 1810. Págs. 177 y 178.

2. Couto, *Diálogo sobre la historia de la Pintura en México*. Págs. 92 y 93.

3. *Idem, idem*. Pág. 92 y 93.

4. El mismo autor y obra.

mente aprovechados, que lo habían sido ya de otros profesores de la Academia, antes de que él viniese á la Nueva España. Juan Sáenz fué colaborador suyo en la cúpula de la Catedral, pues pintó el hermoso grupo de San Miguel y los ángeles rebeldes, y autor de dos grandes cuadros murales, la *Invencción de la Cruz por Santa Elena*, que existen en la iglesia de la Soledad de México. José María Vázquez, el segundo discípulo de Ximeno, pintó cuadros para la iglesia de Loreto y para la capilla del Sagrario. José Antonio Castro, el tercero y último de los discípulos, y quizá el más original de los tres, concibió y ejecutó « una alegoría alusiva á la alianza que España contrajo con Inglaterra á principios del siglo en contra de la Francia<sup>1</sup>. »

El día 10 de Marzo de 1810, murió D. Francisco Clapera, teniente director de la Academia, « cuya memoria quedará en México inmortalizada por la célebre pintura, que dexó, entre otras de mérito: el hermoso retablo de Nuestra Señora de la Merced en la parroquia del Sagrario<sup>2</sup>. »

Llamaban también la atención entonces, los talentos artísticos de señoritas y señoras mexicanas, como los de la Señorita Marquesa de Villahermosa, destruída en la pintura; de Doña Francisca Mendivil y de Doña Mariana Cervantes, dando la más alta idea de su habilidad las obras de sus delicadas manos que adornaban las piezas de sus casas; de la Señorita Montaña, que se distinguió por el amor á las ciencias, principalmente á la Botánica, y que sobresalía en el arte de Apeles; y el

1. Revilla, *El Arte en México*. Págs. 98 y 99.  
2. *Diario de México*, 25 de Marzo de 1810.

de la Señora Marquesa de San Román, que como hemos visto, se le concedieron honores de Académico Honorario, recibiendo premios de la de San Carlos, por sus obras que allí existían y que eran de todos admiradas<sup>1</sup>.

## II

## La Arquitectura.

En arquitectura sobresalían el año de 1810 los nombres ilustres de D. Antonio González Velázquez y de D. Manuel Tolsa.

González Velázquez murió el 21 de Abril de 1810, dejando muestras de sus grandes dotes en la airosa y bellísima cúpula de la Capilla del Señor de Santa Teresa, que desgraciadamente desapareció en el terremoto de 1845; en los retablos de la Parroquia de San Pablo y de la iglesia de Jesús María; en los colaterales menores del templo de la Profesa; en la obra arquitectónica del monumento á Carlos IV que se levantó en la Plaza, y en los conocimientos que impartió á sus discípulos de la Academia, que fueron muchos, no obstante que no hubo uno solo que honrara la memoria de aquel habilísimo y modesto maestro, reuniendo datos para su vida y obras, ó siquiera quemando incienso y esparciendo flores sobre su tumba; pero los templos augustos, los edificios magníficos que se elevan erguidos en la ciudad de México, « hablarán en todos tiempos y dirán á la posteridad... nosotros somos obra de la sabiduría y noble

1. *Idem, idem*, 28 de Julio, de Agosto y de 2 Septiembre de 1810.

atrevimiento de D. Antonio Velázquez, plantador del bello gusto en la arquitectura de esta capital... á mi cargo está publicar su gloria<sup>1</sup> ».

Tolsa trabajaba á la sazón en concluir el hermoso edificio del Colegio de Minería, que no se inauguró sino años después, pero el 4 de Agosto de 1810, se estrenó en el entonces Convento Imperial de Santo Domingo de México y en la iglesia principal, una obra suya, el altar mayor que todavía existe.

Un periódico de aquel año memorable lo describe en estos términos :

« Sobre un pedestal y zócalo de cuatro varas de altura, en cuyos lados hay dos portadas y puertas, que facilitan la subida al Tabernáculo y total altura del altar, se eleva un cuerpo de arquitectura jónica con sus capiteles, compuestos de ocho columnas, las cuatro del centro aisladas, y las restantes amarradas al tercio, en cuyos dos intercolumnios que forma, y encima de las indicadas portadas, se ven colocados los santos S. Francisco de Asis y S. Luis Beltrán, estatuas de dos varas y tercia de altura; y en la parte superior de dichos intercolumnios se ven dos bajos relieves con el busto del Salvador del Mundo y de María Santísima.

« En el intercolumnio del centro hay un grande arco con su bóveda artesonada, que proporciona un espacioso lugar, en que está colocado el Tabernáculo con seis columnas que sostienen una cúpula elíptica, en cuyo centro está colocado un pedestal con grupo de nubes y Serafines, para exponer al Divinísimo, que se reserva,

1. *Diario de México*, 4 de Agosto de 1810.



INTERIOR DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE S<sup>o</sup> DOMINGO CON EL ALTAR DE TOLSA  
(De una litografía antigua).

dexando caer unas cortinas de terciopelo carmesí con franjas y galones de oro. Sobre la gran mesa del altar se elevan tres gradas, sobre las cuales está colocado el Sagrario, formado de un pequeño ático triangular, y de dos columnitas aisladas.

« Las indicadas ocho columnas tienen ocho varas y tercia de altura, y sobre su cornisa, en el centro, se forma un frontis circular con su zócalo, que proporciona lugar para recibir un segundo cuerpo de arquitectura corintia, compuesta de seis columnas aisladas de 6 varas de altura, rematando este cuerpo con su cornisa y ático triangular, en cuyo ángulo del centro sienta un escudo con sus festones de laurel, y en que termina la parte superior del altar.

« En el intercolumnio del centro se ve colocado un gran resplandor que dimana del triángulo, símbolo de la Santísima Trinidad, y en la parte inferior se halla colocado un grupo de nubes y Serafines, sobre el qual está colocado el patriarca Santo Domingo, on ademán de elevarse al cielo : sobre el frontis están colocados dos ángeles en ademán de adoración, uniformando estos, y uniéndose al indicado grupo.

« En los ángulos del zócalo que termina el primer cuerpo de arquitectura, se ven colocadas, en el lado del Evangelio Santa Catalina Mártir, y en el de la Epístola Santa María Magdalena, todas estatuas de dos varas y media de altura.

« En los costados, encima del primer cuerpo de arquitectura, se elevan otros dos, compuestos de jarrones perfumatorios, pilastras y cornisas, sobre las cuales termina un grupo del escudo

de armas del Santo Tribunal de la Inquisición sostenido de dos genios, y en el otro lado otro grupo igual con el escudo de armas de la Orden, en cuyos cuerpos hay dos bajos relieves de San Pedro en el acto de arrepentimiento, y Santiago con el traje de peregrino.

« La altura total del altar es de 27 varas, por 16 de ancho : toda esta obra está executada, parte de piedra, parte de estuco, parte de escayola, toda imitando los mejores mármoles y jaspes; y el cúmulo de adornos, bases y capiteles dorados, imitando al bronce, dorado á fuego. »

El altar, aduna á la majestad de su arquitectura la sencillez, porque no hay derroche de adornos decorativos, ni abuso de columnas y cornisas, ni profusión de esculturas. Es severo, elegante, y produce en el ánimo admiración para el artista que lo ideó y ejecutó con tanta limpieza como talento.

Fuera de la Capital del Virreinato, en la entonces humilde villa de Celaya, Provincia de Guanajuato, donde se había mecido su cuna, vivía en 1810, D. Francisco Eduardo de Tres Guerras, pintor, arquitecto, poeta, músico, escritor genial, patriota ardiente : artista en toda la significación grande y noble de la palabra.

Bosquejó su genio en el muro de uno de los artísticos templos de aquella Villa, el tremendo episodio del Juicio Final, retratándose él mismo con rara excentricidad entre los réprobos y escogidos, abriendo su sepulcro y revelando en el semblante la angustia y la indecisión del ignorar su postrera suerte.

Delineó su pincel, como contraste al fresco anterior, vírgenes hermosas, que invitan á tranquila y verdadera

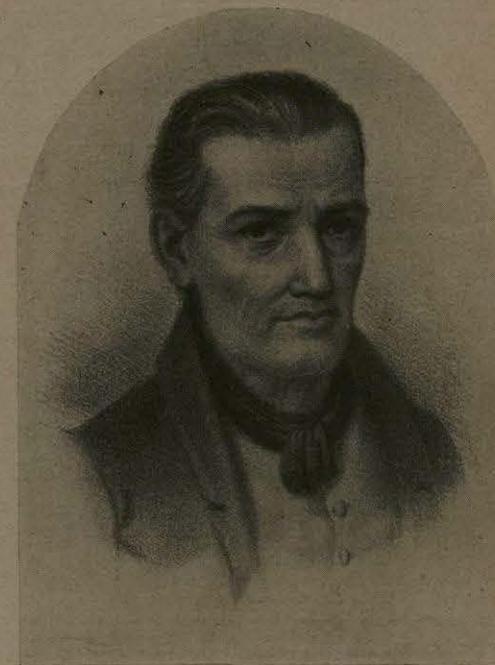
piEDAD; pero en donde aquel talento brilló sobremanera, fué en la arquitectura, concibiendo y ejecutando el puente atrevido de la Laja, el hermosísimo templo del Carmen de Celaya, y embelleciendo la villa natal, con muchos edificios de fachadas elegantes, ligeras cornisas y torneadas columnas.

Consagró su inspiración poética á cantar, el primero, las glorias de nuestros héroes : *dilettante* por la música, ésta le proporcionó goces inocentes y románticos, porque tarde con tarde y á pie, dirigíase á la Hacienda cercana del Romerillo, apoyado en un bastón, con la capa al hombro, seguido de un perro, su fiel é inseparable acompañante; tocando una flauta, cuyos sonos melancólicos se perdían en la soledad vespertina de los campos, apenas interrumpida por el balar de cabras ú ovejas, por los mugidos de las vacas, que pausadamente venían á recogerse en los corrales ó en los establos, seguidas de pastores tostados por el sol, cansados, pero que venían con el apetito despertado por el humo de la choza, y ansiosos de tumbarse en el suelo para dormir tranquilos.

Tres Guerras regresaba en pos de ellos, acompañado del perro fiel que ladraba y saltaba de gusto al ir juntamente con su amo; y el instrumento músico no se apartaba de la boca, sonando, sonando, bajo la bóveda estrellada de la noche...

Y aquel músico melancólico, pintor atrevido de escenas dantescas ó de madonas dulcemente hermosas, arquitecto insigne, entusiasta patriota, partidario ardiente de la insurrección, el primero en levantar una columna conmemorativa á la Independencia; fué

también escritor ingenuo y pintoresco, que de haberse consagrado á las letras, hubiera descollado mucho, como lo revela la breve, conceptuosa, sencilla y desenfadada autobiografía que trazó su pluma; cuadro ameno é inimitable



FRANCISCO EDUARDO DE TRES-GUERRAS  
(Dibujo de Santiago Hernández).

de un artista que vive en época de ignorancia, olvidado en modesta villa del Virreinato, sin que aprecien sus méritos los analfabetas vecinos del lugar, que ni lo comprenden ni menos lo elogian, pero que sí lo envidian y lo censuran; los que, no pasando de medianías insignes, embarronan lienzos, pintarrajean fachadas y mal construyen casas, iglesias y edificios públicos, por el hambre ó por el lucro. Tal fué el cuadro en que se retrató Tres Guerras, con mano fácil y maestra.

« Me crié, dice, con Nebrija y los vates, el trompo y los papelotes...

Cumplí quince años y mis estudios; quise ser fraile, y Dios demasiado misericordioso lo frustró por un viage que hice á México, y donde á esfuerzos de mi inclinación abandoné las letras y me entregué al dibujo; estuve como un año absorto en tan hermosa doctrina; volví á mi patria y traté de casarme... los frailes querían reconvenirme con mi antigua pretensión, creían virtud en mí lo que en realidad era mogigatez y poco mundo; ...sí, porque muy piadoso Dios, evitó mi inadvertida pretensión, y me ahorré de unos cargos que, insoportables á mi genio y á mis inclinaciones, me hubieran prestado el papel más disipado y delincuente.

« ... Sobre ya casado, me destiné á la noble arte de la pintura, á la suave y dulcísima pintura; pero; qué dolor! nada medraba con las producciones más difíciles y graciosas de esta arte encantadora: un estudio que exponía al público, de raro pensamiento, magisterial ejecución, estilo hechicero, dibujo corregido y en todo de un muy regular mérito, se miraba con indiferencia... mas luego que embarraba un coche de verde y colorado, que brillaba el oro de sus tallas, que campeaban unos mamarrachos á modo de monos, que se manipulaba el maque, el barniz... llovían admiraciones y elogios...

« Enfadado ya, quise juntar la música á mi ocupación, me disipaba y me esponía infinito, no convenía con mi educación; fui grabador en una temporada, carpintero y tallista otra, agrimensor algunas veces, y siempre vacilando, dí de hocicos en lo de arquitecto<sup>1</sup>... »

1. Museo Mexicano, tomo II, págs 18 y 19.

Tres Guerras había nacido para artista, á pesar de la envidiosa ignorancia de sus contemporáneos á los que alude con franqueza en la citada autobiografía, y á quienes designa con el mote de « chupa-larga ». Defiende sus obras de esos « follones y malandrines », y les prueba la injusticia de sus ataques.

### III

#### La Escultura.

Los más elogiados escultores en 1810 fueron los poblanos D. Zacarías Cora y D. José Villegas, discípulos ambos del maestro D. José Villegas Cora. Son considerados los tres como restauradores de un arte que había llegado antes de ellos á ser verdaderamente detestable, por las feísimas esculturas con que se habían llenado los atrios de los templos, los nichos de las esquinas de las calles, los intercolumnios de los retablos en el interior de las iglesias, y los oratorios en las casas particulares.

Más que devoción, inspiraban risa aquellas imágenes que podían rivalizar con los peores ídolos de los antiguos indios, y más que representaciones de vírgenes inmaculadas, de santos venerables ó de piadosos varones, parecían harpías mitológicas, monstruos marinos ó demonios infernales.

José Villegas, que añadió á su apellido el de *Cora*, como homenaje de gratitud á su maestro, hizo obras de completa talla, manejó bien los paños, pero cayó á veces en amaneramiento, moviéndolos y adelgazándolos mucho. Zacarías Cora demostró en las esculturas sus conocimientos anatómicos, ha-

ciendo resaltar venas y músculos, pero incurrió en dar á aquellas proporciones indebidas.

Sobre los méritos indisputables de los Cora, hay que reconocer que en aquella época quien llevó el cetro como escultor fué D. Manuel Tolsa, que no produjo el número de obras que de su genio hubieran podido esperarse, porque la lucha por la vida le demandó más consagración á la arquitectura.

Tolsa, empero, daba movimiento, donaire y vida á las esculturas y, sobre todo, era « grandioso en las proporciones, en la concepción de sus tipos, en las posturas, en los ademanes, en los ropajes ». Allí está la muestra colosal de su genio, en la ecuestre estatua del Monarca Carlos IV, en la que reveló maestría suma para inspirarse en el más puro clasicismo, y en la que no sabemos qué loar más, si las formas hermosísimas, el natural paso con que camina, el garbo y lo animado del bruto, ó la actitud del jinete, que á pesar de su pesadez y de la mala impresión que despierta la memoria del representado, no obstante, se admira en él la augusta actitud de un César poderoso, de un César que impone, no por el recuerdo de repugnantes y mundanos hechos, sino por ser creación del cincel de Tolsa; César que domina al mundo artístico con la majestad de la obra.

Y sería olvido imperdonable, ya que hemos hablado de los más nobles representantes del arte escultórico en México el año de 1810, si no consagrásemos un recuerdo á tres modestos artistas, muy populares en aquellos tiempos, D. Clemente Terrazas, D. José Fran-

cisco Rodríguez, y un discípulo de Tolsa, D. Pedro Patiño Ixtolinque.

Poco sabemos del primero. Fué muy conocido entonces en toda la Nueva España, y es seguro que muchísimas esculturas de las más hermosas que se conservan en los oratorios privados, son obras de sus manos. De éstas, queda en el Museo Nacional una pequeña estatua que representa á D. Miguel Hidalgo y Costilla, á quien retrató estando éste en el Monte de las Cruces, por haber sido compadre suyo; pero sepultada la estatuilla mucho tiempo, por temor y evitar para su autor persecuciones ó sospechas, sus discípulos la restauraron posteriormente desfigurándola al grado de vestirla de nuevo con traje distintísimo al que tenía, y por lo tanto, no la juzgamos como obra genuina del popular artista.

Más noticias conservó el *Diario*, del otro artista José Francisco Rodríguez, joven á la sazón y nacido en México, « cuya habilidad en los retratos en cera, *inventados* por él, no tiene semejante ».

En efecto, todo México era testigo de esta verdad, pues veía gran cantidad de ellos perfectamente acabados, con la particularidad especialísima de que bastábale á Rodríguez tener delante un momento á la persona que iba á retratar, para reproducir en el acto su fisonomía exactísima, con todos los rasgos que la caracterizaban: color de la piel y de los cabellos, el gesto en la expresión, el enojo ó la tranquilidad, la viveza ó la dulzura en las miradas, y hasta los lunares y bello de las epidermis, reproducían aquellas pequeñas imágenes en cera, que podían rivalizar con las mejores fotografías

modernas por la semejanza con los originales.

Rodríguez fué, además, fecundísimo. Retrató á personajes célebres de su tiempo, á D. José de Iturrigaray y á la virreina Doña María Inés de Jauregui, al Mariscal D. Pedro de Garibay y al Arzobispo D. Francisco Javier Lizana, al Obispo de Oaxaca, D. Fr. Ramón Casaus, y al Mariscal de Castilla; á casi todos los caudillos de la independencia; á Morelos de clérigo y á Morelos prisionero en la Ciudadela; al Corregidor Domínguez y á su esposa Doña María Josefa; á la heroína Leona Vicario y á D. Leonardo y D. Nicolás Bravo, á Rayón, á Victoria y á Iturbide.

« No hubo sujeto, ni señora de fino y delicado gusto — dice el *Diario* — que no tuviese su retrato formado por este incomparable joven, que con su diestra mano tuvo ocasión de retratar al Honorable Mr. Andrés Cochrane Jonsthon cuando estuvo en México, y quien al partir para Londres, fué tanto el aprecio que le mereció Rodríguez, que le propuso reiteradamente en varias ocasiones llevárselo consigo á Inglaterra.

« Entre los muchos retratos que ha formado — decía el mismo *Diario* con fecha 4 de Junio de 1810 — son dignos de mencionarse los que últimamente ha hecho del Capitán D. Francisco Muñoz, su esposa y familia, cuya obra se ha celebrado como merece, y para dar una idea más alta de este diestro joven, es muy del caso manifestar... que su fantasía y retención es tanta, que ha retratado á sugetos, muertos muchos meses ha, sin más antecedentes que la memoria que hace de

sus facciones y los ha sacado perfectos á juicio de quantos los han visto, y por consiguiente conocido á los originales ».

Estos retratos en cera, los hacía Rodríguez generalmente de perfil, en relieve y ovalados. Por el año de 1835, cuando ya había muerto él, los encargados de la testamentaria ofrecieron al Museo Nacional una preciosa colección de ochenta retratos que había dejado, y que representaban á los héroes de la Independencia y á los principales generales de la República, pero la escasez de fondos del Establecimiento hizo que no se compraran é ignórase qué fin tuvo esa serie importantísima desde el doble punto de vista histórico y artístico<sup>1</sup>.

D. Pedro Patiño Ixtolinque, indio noble, descendiente de antiguos caciques, fué alumno fundador de la Academia de San Carlos, distinguido discípulo de Tolsa, y sus obras de escultura, como ha dicho muy bien un juicioso crítico, « pueden presentarse como muestra de la vivacidad de los indios y de sus aptitudes artísticas... » A los diez años de edad ya era pensionado de la Academia, y á principios de la pasada centuria, colaboraba con el maestro Tolsa ejecutando « la estatua de San Pedro con que remata el Cípris de la Catedral de Puebla y los ángeles del mismo », así como « la parte escultórica » de los altares de la Profesa y de Santo Domingo de México.

Patiño Ixtolinque salió vencedor en las pruebas á que fué sometido delante de los académicos, y obtuvo el título de honor, no sin cierta resis-

<sup>1</sup>. Vi las comunicaciones originales manuscritas en el Archivo del Museo.



RETRATO EN CERA DE D. JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO

tencia de los que alegaban, *que siendo indio*, no podía otorgársele tal honra.

« Después de recibirse de académico — nos informa un docto biógrafo — no concurrió ya más Patiño á la Academia, pues abandonó á poco el arte por las armas, yéndose á combatir en pro de la Independencia. Militó bajo las órdenes de Guerrero, de quien fué amigo personal, alcanzando en la milicia el grado de teniente.

« Su simpatía y adhesión á los caudillos insurgentes, habíala ya dejado traslucir nuestro escultor en un hecho que denuncia al patriota al par que al artista. Apenas habíase ajusticiado á Morelos, acudió Patiño presuroso á San Cristóbal Ecatepec pretextando asuntos de terrenos de los indios de Tlaltelolco. Mas su verdadero objeto al ir al indicado pueblo, no era otro que tomar sigilosamente la mascarilla de Morelos á fin de conservar la efigie de este personaje. Logró al fin su intención Patiño y de esa propia mascarilla sirvióse más tarde para el mausoleo que el Gobierno del Estado de México encargóle en el año de 30 del pasado siglo<sup>1</sup>. »

Patiño Ixtolinque no volvió á la Academia sino hasta Octubre de 1821 en que se presentó á jurar la independencia; substituyó á Jimeno cuando murió éste, como Subdirector de pintura, y por fin fué el cuarto Director de la Academia de San Carlos en 1826, compartiendo sus conocimientos á discípulos tan aventajados como el escultor D. Francisco Terrazas y consagrándose á otras labores fuera del Establecimiento, como al retablo mayor

1. Manuel Revilla, *Obras*, tomo I, pág. 15.

del Sagrario que fué toda obra suya, y que si no se distingue por su originalidad absoluta, sí lo es hasta cierto punto, porque inferior en la parte arquitectónica á los modelos de su maestro Tolsa, « es, en cambio, más pintoresco y presenta muy agradable conjunto<sup>1</sup> ».

Si Patiño Ixtolinque hubiera viajado para ensanchar sus conocimientos, y si hubiese vivido en época menos azarosa y con más protección, es indudable que habría sido un gran artista.

#### IV

##### El Grabado.

El grabado, en hueco y en lámina, que tuvo un verdadero maestro en la Academia de San Carlos, á fines del siglo XVIII, D. Jerónimo Antonio Gil, había degenerado mucho á principios del siglo siguiente, y sólo pueden citarse á Gordillo que grabó láminas y medallas, á D. Luis Rodríguez Alconedo, que mereció ser nombrado en este arte Académico de Honor y á D. Manuel Araoz, buen grabador en lámina.

Rodríguez Alconedo merece todas nuestras simpatías y elogios, como patriota y como artista. Nació en Atlixco, Puebla, donde pasó los primeros años de la niñez, y fué conducido á poco tiempo á México, pues desde tierna edad manifestaba grandes aptitudes intelectuales. Aquí demostró también disposiciones sobresalientes para la pintura al pastel, y se captó la simpatía de todos por sus prendas

1. *Idem, idem*, págs. 16 á 20.



UN GRABADO DE MANUEL ARAOZ EJECUTADO EN 1809.

personales, afabilidad, cortesía; distinguiéndole mucho el Virrey D. José de Iturrigaray. Este afecto del Virrey fué causa de que se hiciera sospechoso á los ojos de los que entonces sofocaron los primeros movimientos de los criollos para hacer la independencia, aunque no es improbable que Rodríguez Alconedo hubiese trabajado por ella en 1808 y pertenecido al grupo de los conspiradores que tanto la anhelaban. Lo cierto es, que se le acusó de estar cincelando la corona que había de ceñirse Iturrigaray al ser proclamado *Rey de México*, con el nombre de *José I<sup>o</sup>*. Tal acusación, fundada ó calumniosa, dió por resultado el que fuese remitido á España, bajo partida de registro, « en donde permaneció dos años preso; pero en el centro mismo de su prisión logró llamar la atención de los inteligentes: allí trabajaba pinturas, relieves, y con el producto tenía lo bastante para subvenir á sus necesidades y dejar algo en reserva, lo que aprovechó en el momento de su libertad, para hacerse de una excelente colección de pinturas que trajo consigo al regresar á su patria. Durante el tiempo de su cautiverio fué invitado por unos ingleses con el objeto de que fuese á radicarse á su país, ofreciéndole un partido ventajoso y su vindicación; pero todo lo rehusó esperando con calma el momento en que terminase su prisión<sup>1</sup>. »

La permanencia de Rodríguez Alconedo en la Península le fué de muchísimo provecho para perfeccionar sus aptitudes artísticas, pues á la sazón sobresalía el genial Goya, que influyó á no dudarlo en el modesto mexicano,

1. *Diccionario de Historia y Geografía*, Apéndice, tomo III, pág. 278.

porque algunas pinturas de éste, como su retrato pintado por él mismo y el de una dama española, que se conservan en la Academia de Pintura de Puebla, revelan claramente aquella influencia.

De regreso á su patria y al seno de su familia, en los pocos meses que vivió tranquilo Rodríguez Alconedo, ocupóse sólo de las artes y en sus estudios favoritos, pero el grito de Dolores lanzado desde lejana aldea por el inmortal Hidalgo, despertó en el artista el sentimiento patriótico, adormecido, mas no extinto, y avivado con las penas del destierro y con las prisiones que había sufrido.

Rodríguez Alconedo se conmovió hondamente; y sin pensar en los riesgos á que se exponía, sofocando el cariño por su familia, abandona los pinceles, deja el cincel y los utensilios del taller de platería en el que tanto sobresalió, y sin titubeos ni temores, vuela entusiasta para incorporarse al ejército de Morelos.

Morelos, con su mirada investigadora de grande y genial caudillo, apreció desde luego sus méritos y depositó en él toda su confianza; y aquel artista que había sido admirado por propios y extranjeros, presta con su valor y sus conocimientos servicios inapreciables á la causa de la patria. Como soldado combate, con valor; como político, con suma habilidad procura combinar elementos heterogéneos separados por la ignorancia ó por la emulación, y como artista abre troqueles para acuñar moneda y funde cañones para combatir al enemigo.

A las triunfos suceden las derrotas. El ejército y Morelos al llegar al

pueblo de Apan, Estado de Oaxaca, no permanecen mucho aquí y prosiguen su camino. Alconedo y el cura Crespo se quedan solos, con el objeto de oír misa en aquel lugar, y « estaban en el pueblo dirigiendo fervorosas pías al Dios de Israel por la libertad de los mexicanos, cuando hirieron sus oídos las terribles palabras: ¡Los españoles! ¡Los españoles! pronunciadas con todo el horror que ellas inspiraban; y aprovechándose de la confusión que en todas partes reinaba logran ponerse en salvo. Habían andado como media legua cuando Alconedo recuerda que la secretaria debía de caer irremediamente en poder de los españoles. Se presentaron en su imaginación los inmensos males que de esta aprehensión resultarían á la causa de la patria, y espionando su vida, vuelve las riendas á su caballo, y sin atender á las observaciones de Crespo, parte á salvar aquel tesoro: logra, en efecto, sacarlo; ya se creía triunfante, pues caminaba con cuanta celeridad le era posible, cuando de improviso escuchó detrás tiros disparados contra su persona y la voz de ¡alto ahí! voz que, aunque con repugnancia, se vió en la necesidad de obedecer, pero su asistente no obedece, y á todo correr marcha á dar aviso al cura Crespo, que retrocede con la esperanza de salvar

á su compañero, consiguiendo tan sólo sacrificarse él mismo, pues que fué hecho prisionero también<sup>1</sup>. »

La prisión de Crespo y Rodríguez Alconedo se efectuó en Zacatlan, siendo conducidos ambos al pueblo de Apan



LUIS RODRÍGUEZ ALCONEDO

(De una autoiconografía que se conserva en la Academia de Pintura de la ciudad de Puebla-Méx.).

y puestos á disposición del Virrey. Este ordenó que se les juzgara por un Consejo de Guerra y que fueran pasados inmediatamente por las armas. Crespo fué ejecutado el 19 de octubre de 1814, y Rodríguez Alconedo hasta el 1<sup>o</sup> de Marzo de 1815, porque el jefe

1. *Op. cit.*, pág. 278, col. 2<sup>a</sup>.

realista Jalón, compadecido del último, había suspendido el fusilamiento en espera del indulto que se había solicitado<sup>1</sup>.

Murió mártir el noble patriota y distinguido artista, y lo único que lo recordaba á la posteridad, la *Calle de Alconedo* en donde tuvo su taller, al cambiar de título por la flamante nomenclatura impuesta á la ciudad de México, ha hecho desaparecer aquel nombre ilustre por la ignorancia de los que no saben quién fué el distinguido colaborador del gran Morelos ó por la apática ingratitud hacia los que bregaron por darnos Patria.

## V

## La Música.

La afición por la música en el año memorable de 1810 se veía manifiesta no sólo en los coros de los templos, en los paseos públicos, donde entonces como ahora tocaban las bandas militares, sino también en las casas, pues la moda por tener pianos se había hecho general, y rara era la señora ó señorita que en su habitación no se distinguiese en tocar, ya en tertulias que daban frecuentemente ó en el seno de sus amistades íntimas.

Populares fueron en la ciudad de México los nombres de las señoritas Doña Rafaela Bataller, Doña Pilar Aristeguí, Doña Mercedes Miravalle, Doña Mariana Cervantes, Doña Ana Catán y Doña Francisca Pérez Galvez, por la agilidad y destreza en el *Piano-*

1. Bustamante, *Cuadro Histórico*, tomo II, pág. 55 y tomo III, págs. 60 y 253. Alamán, tomo IV de su *Historia de México*, pág. 186.

*forte*; el de la señorita Elhuyar, hija del Director del Colegio de Minería que lo tocaba á la perfección, y el de Madamita Camblor, que contando sólo once años de edad, era admirada por su extraordinaria habilidad como pianista.

Un contemporáneo elogia calurosamente la singular expedición y destreza admirable de estas damas, por las diversas y muy variadas composiciones que tocaban en el teclado, tan naturalmente ejecutadas que le parecía ver, « cómo la armonía es un conjunto de voces, que sonando todas á un tiempo diferentemente, resulta de ellas la armonía ».

Pudo observar cómo el instrumento, al conjuro de aquellas manos delicadas, producía melodías de tonos dulces y suaves, que imitando la voz natural, parecía cantar cuando sonaba, de un modo sencillo, seguido y agradable<sup>1</sup>.

El gusto por tocar el piano estaba extendido tanto en 1810, que á principios de Octubre pensó establecer una fábrica de ellos D. Juan Manuel Mármol, procedente de la ciudad de Sevilla, pensionado de Su Majestad el Rey, y que se anunció como constructor de toda clase de *claves-pianos*, *claves verticales*, *claves de plumas*, *pianos-fortes*, *monocordios*; muy reputado en el oficio por haber merecido sus obras la mayor aceptación y aprecio de los Soberanos, de toda la nación española y la mayor parte de las Américas y reinos extranjeros<sup>2</sup>.

Y ya que de instrumentos y de música nos ocupamos, no será ocioso consignar aquí una noticia curiosa. Por el

1. *Diario de México*, tomo XIII, págs. 110, 142 y 214.

2. *Idem, idem*, pág. 372.

mes de Agosto de 1810, un D. Manuel Gambino León, que vivía en el Callejón del Coyote n.º 6, pudo observar lo molestas y peligrosas que eran para la salud, las vibraciones que producían los parches de los tambores cuando los tocaban los músicos, pues repercutían en el estómago y en los pulmones, y preocupado por ello, púsose á inventar « una máquina para alivio de los dichos, y al mismo tiempo, el que les fuese menos penoso en las marchas distantes del cuartel<sup>1</sup>. »

Pero dejando á las hermosas *dilettantes* y á los ingeniosos constructores, es tiempo ya de hablar de dos maestros que en aquel tiempo se distinguían por la habilidad en tocar y en componer música, D. Manuel de Aldana y D. Manuel Corral.

D. Manuel de Aldana murió el 7 de Febrero de 1810, sepultándose su cadáver en la capilla de la Antigua de la Catedral de México, de donde había sido ministro del Coro y Maestro de escoleta del Colegio de Infantes. Al anunciar su muerte, el *Diario* hizo el debido elogio del célebre profesor, y extractaremos aquí varios de los párrafos consagrados á enaltecerle, como bien que lo mereció, pues la Música perdía en Aldana, « uno de sus más hábiles alumnos », porque mucho se distinguió en su arte, tanto en las composiciones de carácter sagrado ó religioso, como en las dramáticas, adunando á su singular habilidad nobles prendas morales, como que supo cumplir siempre « con las obligaciones de buen esposo, buen padre y buen ciudadano ».

Amó y fué amado de sus discípulos,

1. *Idem, idem*, pág. 172.

consagrándose de continuo al trabajo de su empleo y dar lecciones en casas particulares, á las que le llamaban por su rara habilidad, pudiendo así sostener una numerosa familia compuesta de más de veinticinco individuos, sin olvidar de hacer caridades á otros y mantener á una niña pobre, reclusa en un convento, que había sido nieta de su maestro y que sostenía como un debido tributo de la gratitud inolvidable que le profesó.

Fué muy devoto, y por consiguiente consagró muchas de sus composiciones al género religioso, como fueron los himnos y canciones á la Virgen de Guadalupe y las jaculatorias de *Señor y Dios*, y *Señora y Madre mía*, que se cantaban los *días doces* de cada mes en el convento de Santa Brígida. Compuso un *Himno á San Felipe de Jesús* glorioso mártir mexicano y paisano suyo, y dióse la curiosa coincidencia que en los momentos en que se encomendaba á su santo compatriota al morir, se tocaba el *Himno* en la casa del Prebendado D. Joaquín Guevara. Compuso también « unos versos de tercia con órgano obligado », un « delicado acompañamiento de orquesta » para las funciones de la virgen de Guadalupe, y « un magnífico *Te Deum* » en acción de gracias por el restablecimiento de su salud, en la penúltima vez que había estado enfermo, y que no llegó á concluir. Sus composiciones todas fueron netamente del estilo español, distinguiéndose por la dulzura, sencillez y naturalidad las de carácter profano, así como una ú otra pieza de las tonadillas que hizo, y por su gran ternura y majestad en la música sagrada.

A D. Manuel Corral se le calificaba en 1810 de « insigne compositor de música », pero á pesar « de su singular destreza en este ramo y de su notoria docilidad » para agrandar y complacer á todos, no se escapó — como no se escapan nunca los verdaderos artistas — de los tiros de la emulación y de la maledicencia; no faltando entonces en México personas que asegurasen que las obras del maestro, eran tomadas en su mayor parte de Hayden, tanto que el *Diario* designó tal especie gratuita de « impostura », y para desvanecerla, emplazaba á los émulos de Corral para que visitasen su casa, 1ª Calle de Santo Domingo, núm. 1, donde vivía y allí podría mostrar muchísimas composiciones originales de que era autor<sup>1</sup>.

De música para clave, el maestro Corral había compuesto unas variaciones con acompañamiento de violín obligado y violoncelo, dedicadas á la Señora Doña Manuela Alegría de Murphy, que hizo especialmente para el concierto que el esposo de dicha Señora, D. Tomás Murphy, le dió al honorable caballero inglés Cochranne, cuando estuvo en esta Capital.

Aparte de otras variaciones con acompañamiento, para clave, y de óperas que había compuesto en Madrid, aquí en México, fué autor de unas muy populares para una canción muy favorita de los habitantes de la Nueva España, que se intitulaba la *Araucana*, y que comenzaba así : « En lo frondoso de un verde prado »; de otras para un *minuet* dedicado á Fernando VII; de una « Sonata » intitulada

1. *Diario de México*, tomo XIII, págs. 194 á 196.

« El sueño y el amanecer »; de otra anónima; de la célebre abertura de la ópera que compuso en Madrid, titulada « El Saqueo ó los franceses en España », y de la segunda obertura ó sinfonía para el acto segundo de la misma. En Madrid hizo una « Gran Sonata », ejercicios de profesores, que dedicó á Almeida Bontempo, S'Teibelt y Dusek, grabada por D. Fausto Martínez Torre, Grabador de Cámara de S. M., en cuyo poder había dejado Corral todas las láminas, « las que no pudo recoger por la precipitada y sigilosa fuga, que tuvo que hacer de aquella Corte », para venir á México, trayendo sólo el borrador del original.

De música de canto á toda orquesta y arreglada después al clave, compuso Corral toda la ópera de « El saqueo, ó los franceses en España », dividida en dos actos, así como de otras óperas suyas; y de canciones patrióticas, la celebrada marcha que llevó el título de « A las armas », « Al triunfo », grabada en Madrid; la intitulada « A la lid, á las armas, al triunfo », que hizo en Sevilla, que acomodó para toda orquesta y substituyó para el clave. « Vivir en cadenas », que hizo en México, trastocada al clave y letra del poeta español D. Juan Bautista Arriazá; por último, un « Himno y zorcico » para el Coliseo<sup>1</sup>.

Así es que, en síntesis, la música cultivada en México el año de 1810 fueron piezas clásicas tocadas en los pianos por las damas más distinguidas de la Sociedad de entonces; y los maestros rendían culto á su época, consagrando sus aptitudes á las composi-

1. *Diario de México*, tomo XII, págs. 313 á 315.

ciones religiosas de alta escuela, á del Coliseo, en medio de los *óles* y de los aplausos entusiastas que les tributaban los concurrentes á las *galerías* y al *mosquete* del viejo teatro.